

Los niños saltan y gritan de alegría. Alaban a Dios. Pero los religiosos y los fariseos se enojan. No pueden soportar ver a la multitud aclamando a Jesús.

- ¿No te importa todo este ruido? le dicen. ¡No oyes lo que están diciendo! Podrías hacerlos callar.

- ¡No! ¡Para nada! Jesús les responde. Si estas personas se callan, si dejan de alabar a Dios, entonces las piedras empezarán a gritar y alabar a Dios.

Se acercan a Jerusalén. Una gran tristeza se apodera de Jesús. Lloro porque ama esta ciudad y su gente y sabe que en dentro de unos años sucederá una gran desgracia a causa de su maldad. Le gustaría tanto salvarles de esta catástrofe, pero no quieren oír nada.



Todavía no han entendido que Él no vino a reinar sobre el país sino a reinar en sus corazones, a cambiar sus vidas.

- ¡Ah Jerusalén! dice Jesús. Si hubieras entendido cómo ser salvada. Si reconocieras que soy el Salvador prometido. Si finalmente quisieras pedir perdón por tus pecados y obedecer a tu Dios. Pero no lo entiendes y vendrá una gran desgracia.

Jesús experimenta una gran angustia. Las lágrimas corren por su cara. Ahora entran en Jerusalén. La gente se conmueve. Se preguntan:

- ¿Qué está sucediendo? ¿Quién es este rey que llega sentado sobre un potrillo? Nunca hemos nada igual.



La multitud alegre responde:

- Pero ¡Es Jesús! ¡Este es Jesús, el profeta que viene de Nazaret! Es el rey que viene de Dios.

Y los niños, desde los más pequeños hasta los mayores, saltan de alegría. Rodean a Jesús, cantando alabanzas a Dios con todo su corazón.

1, 2, 3, 4 ¡Y TÚ Y YO!

¿Crees que podemos estar tristes y felices al mismo tiempo? Sí, es posible. Cuando Jesús llega a Jerusalén, llora por las desgracias que vendrán y se alegra cuando oye los cánticos y las alabanzas de la multitud y especialmente de los niños.

¿Qué crees que le hace feliz hoy? Sí, se regocija cuando oye a los niños alabándole. ¿Y tú, lo alabas? ¿Piensas en darle las gracias?

Te sugiero que pienses en todo lo que Él te da todos los días, el aire que respiras, la comida que hay en tu plato, tus padres, tus amigos y especialmente Su bondad y Su amor por ti. Encontrarás muchas razones para decir "¡Gracias Jesús! ¡Te alabo! ¡Gracias por amarme!"

4, 3, 2, 1 ¡Y NOSOTROS LOS PADRES!

A pesar de las protestas de los clérigos, Jesús no solo dejó que los niños lo alabaran, sino que encontró normal que lo hicieran, aunque no fuera según las "normas religiosas".

Es bueno que nuestros hijos aprendan desde pequeños a expresar libremente su gratitud y alabanza. Que alaben espontáneamente al Señor a su manera, con sus propias palabras.

Y nosotros padres, para ellos, seamos modelos y, como David, cantamos a Dios:

"Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán.

Por eso te bendeciré en mi vida y en tu nombre alzaré mis manos." (Salmo 63)